



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Para recibir y dispensar la bendición

Exposición del Mensajero del Eterno

EN el Reino de Dios todo es práctico. Es con la práctica de los caminos divinos como la fe se desarrolla en nosotros. Naturalmente, es Dios quien hace la obra, pero por medio de los que se prestan dócilmente al programa que Él tiene previsto para restaurar la tierra. Siempre el Eterno ha tenido testigos fieles en la tierra, personalidades que han procurado hacer su voluntad, y con las cuales ha podido hacer cosas magníficas.

En la nueva alianza, iniciada por nuestro querido Salvador, él se ha escogido una esposa entre los seres humanos que se asocia para introducir el Reino de Dios en la tierra. Estamos viviendo ahora en el momento en que se va a instaurar este glorioso Reinado. Es también el momento en que se han amontonado dificultades fantásticas, las cuales desencadenan una espantosa catástrofe en el seno de la humanidad, a causa del terrible egoísmo vivido sin discontinuar por los seres humanos.

Por otra parte, la luz amable y consoladora de la verdad se intensifica cada vez más y les permite a los hijos de Dios tomar una posición muy decisiva en medio de la tempestad que se extiende a toda la tierra.

Ya en su tiempo José, Moisés y David sintieron la oposición y la enemistad de aquellos que no querían asociarse prácticamente al programa divino. Los profetas fueron perseguidos continuamente, mas no se produjo nunca daño alguno para aquellos que seguían sinceramente los caminos divinos.

Al contrario, esto fue para ellos una oportunidad de afirmación y de bendición. En efecto, si por un lado había las demostraciones de la oposición y de las represalias, por otro lado, surgía la poderosa y gloriosa manifestación de la ayuda y del socorro divino.

El Señor nos conduce con una sabiduría y una bondad infinitas. Él nos educa con una paciencia incansable. En efecto, es necesario una larga escuela para realizar la transformación de nuestra mentalidad. ¡Y pensar que se han necesitado dos mil años para reunir, educar y afirmar a las 144 000 personas que han de formar el pequeño rebaño!

¡Qué paciencia y que ternura realizada de parte de nuestro querido Salvador para proseguir y acabar este gigantesco trabajo! Es fácil darse cuenta de que, después de tal suma de amor, los que han realizado con victoria el programa de esta escuela se han convertido en seres gloriosos, habiendo adquirido un carácter de una transparencia sublime.

Y sin embargo ¡cuántas taras, y cuántos pensamientos adversos y opuestos había al principio en estos corazones! El apóstol Pablo tenía un

carácter religioso muy acusado en la negación de los verdaderos sentimientos divinos; por eso ¡cuánto se necesitó para transformarlo en un carácter positivo en el amor divino!

Conocemos bien su historia, y sabemos por donde pasó. ¡Pero qué inefable resultado alcanzó! Naturalmente, para alcanzar la meta necesita uno violentarse a sí mismo, darse siempre la culpa, buscar el Reino, y tenerle amor a la pobre humanidad que espera la revelación de los hijos de Dios.

Si actualmente los seres humanos no nos comprenden, si están contra nosotros, esto no tiene importancia. Por la gracia divina, por la unción que podemos recibir del Eterno, dando todos los pasos, nos hacemos capaces de traer la bendición, contra viento y marea, y desbaratar finalmente todas las resistencias. Pues todas las oposiciones que hasta ahora han sobrevenido sólo han tenido por efecto afirmarnos más en los caminos divinos.

Sólo tenemos motivos de gozo y de gratitud hacia el Eterno, y debemos ser capaces de manifestar semejantes sentimientos. La ley de las equivalencias quiere que todas las cosas sean exactamente equilibradas.

En el huerto del Edén, era menester que las condiciones maravillosas en que estaban puestos nuestros primeros padres, despertasen en su corazón el contentamiento, el apego y la gratitud. No habiendo manifestado estos sentimientos, se produjo un déficit correspondiente. Es también la falta de gratitud y de reconocimiento que lleva actualmente a los seres humanos a la catástrofe que se avecina.

En cuanto a nosotros, si queremos alcanzar la meta, debemos producir gratitud y apego. El Señor nos dice que nuestra fe vencerá al mundo. Por lo tanto, es menester que realicemos una línea de conducta y una disciplina voluntaria del corazón que permitan a la fe hacer toda su obra en nosotros.

La fe es una fuerza gloriosa, una magnífica palanca de acción; pero a esta fuerza activa es indispensable que la acompañe también el sentimiento del amor divino. El apóstol Pablo nos muestra que, aunque por la fe lográramos desplazar los montes, todo esto no serviría de nada si nuestra fe no fuese acompañada del poder del amor. El dice: "Si tuviera toda la fe hasta trasladar los montes, y no tengo amor, soy como metal que resuena, o címbalo que retiñe." La fe, pues, es el poder que da la energía, la acción y el movimiento; pero es preciso que en esta energía el amor ocupe un lugar preponderante.

Por lo tanto, se trata para nosotros de ejercitarnos en el amor divino en todas circunstancias.

Podemos examinarnos en cada instante, controlar las causas que nos han hecho pensar, decir o hacer eso o aquello. Es así como podremos descubrir las profundas lagunas que todavía tenemos en el dominio del amor. Cuando no vemos claro en nosotros, podemos hacer los esfuerzos necesarios, pedirle al Señor su apoyo, que nunca nos faltará. Podemos contar con él.

El que ora al Señor según la verdad, está seguro de ser escuchado. Está seguro también de que cada atención recibida le obliga a dar un paso hacia adelante. De esta manera, podemos ir de progreso en progreso y ser transportados de las tinieblas a la luz.

Yo he deseado siempre ardientemente el adelanto y el progreso del pueblo de Dios, y por eso he mostrado la verdad tal como era. Esta verdad ha ofendido a veces a ciertos amigos, porque no poseían aún suficientemente esa maravillosa unción. Pues el lenitivo del amor divino les habría permitido recibir con gratitud las recomendaciones.

Mi intención era buena, y por eso el Señor ha dado su bendición. Es menester absolutamente que lleguemos a la formación de una familia divina unida por los lazos del afecto fraternal, en la cual hay la estima, el respeto, una actitud digna y conveniente, porque se tiene en el corazón una alta consideración por cada hermano y hermana.

Si alguno ha faltado, y si se ha recobrado, no debemos acordarnos más de su falta. Si conservamos en nuestro corazón un sentimiento cualquiera que juzgue severamente al que ha faltado, somos inmediatamente un juguete en manos del adversario. Entonces nos trabaja con pensamientos que no son nobles ni caritativos, y que nos ponen en déficit con el programa divino.

Si el Señor nos ha perdonado, hemos de perdonar a nuestro alrededor. Si le oramos diciendo: "Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores", no tenemos ya el derecho de acordarnos de las ofensas que nos han sido hechas ni aludir a ellas.

Si conservamos levadura vieja en nuestro corazón, estamos seguros de marcar el paso sin avanzar. En cambio, si ponemos resueltamente a un lado todas las viejas historias y todas las telarañas, entonces podemos empezar a dar pasos consecuentes hacia adelante. No debemos permanecer un fariseo ni un hipócrita.

El Señor anunció su evangelio a los publicanos y a las mujeres de mala vida, porque estaban conscientes de su miseria. Por este hecho, ellos pudieron sentir el consuelo de la buena nueva del Reino; en cambio, los que están bien educados, los que pertenecen a la buena sociedad,

no se consideran como pobres pecadores, y no escuchan la palabra de la verdad.

En realidad, entre los seres humanos, no hay buena sociedad. Todos ellos, ricos o pobres, educados o sin educación, acaban en la tumba entonces no son más que un montón de podredumbre. Mas ¿Por qué razón ellos mueren? Es a causa de su violación de la ley divina y a causa de su mal carácter.

Afortunadamente que ante nosotros brilla la esperanza de la resurrección como una antorcha luminosa, y declara la posibilidad para toda la humanidad de salir de las tinieblas en las cuales se mueve. Por eso, sin tener una justa noción de los pensamientos divinos, los seres humanos tienen siempre en sí la esperanza de algo mejor.

Como lo decía Salomón, el hombre sabio, Dios ha puesto en el corazón del hombre la esperanza de la eternidad. La mayoría de las personas no conocen nada de la resurrección terrenal, pero cuando todos resuciten en el Reino de la Justicia sobre la tierra, recibirán instrucción sobre las intenciones maravillosamente amables del Eterno para con ellos. Entonces tendrán todas las facilidades requeridas para pasar con éxito el programa escolar que les será presentado.

En efecto, durante el tiempo de la restauración de todas las cosas el mal será extirpado de la tierra. Al final de este período, la prueba definitiva será presentada a todos los seres humanos. Entonces podrán con toda libertad y con conocimiento de causa, pronunciarse por o contra el bien; es decir, por o contra la vida, puesto que el bien mantiene la vida, mientras que el mal la destruye.

El plan divino es de una sabiduría inexpressable y de una belleza grandiosa. En él se emplea toda la benevolencia, toda la bondad y todo el amor posible; pero pide de nosotros un completo cambio del carácter. No hay ningún enchufe, nadie puede prevalerse de una situación privilegiada. Todo el mundo boga en el mismo barco.

Cada uno debe procurar desembarazarse de la impureza y de lo que tiene de manchado en sí. En cuanto a las manchas, provienen de todo lo que es egoísmo, del espíritu demoníaco que ha formado en el corazón humano un carácter deplorable y completamente al revés. Ellos se mueven bajo la acción del espíritu infernal del adversario, que les hace hacer toda clase de cosas desordenadas y completamente fuera del cuadro de su destino.

Los ángeles caídos conocen las debilidades y las pasiones de los seres humanos; por eso procuran constantemente sugestionarlos para divertirse con ellos. El apóstol Pablo escribió a los efesios: "No tenemos lucha solamente contra sangre y carne, sino contra los espíritus malos en los lugares celestiales."

Por lo tanto, si queremos escapar de este terrible dominio, es preciso que nos ocupemos sin perder un minuto de la transformación de nuestro carácter. Esto requiere que dejemos al poder del espíritu de Dios hacer su acción en nuestra alma.

Las gentes religiosas dicen que el Señor hace todo este trabajo. No cabe duda de que no podríamos hacerlo por nosotros mismos, pero como el Señor no nos obliga en nada, es necesario que nos prestemos dócilmente a la obra que quiere hacer en nosotros y que colaboremos en ella, haciendo lo que él nos recomienda.

No es una actitud pasiva la que hemos de adoptar, sino al contrario una actitud llena de

vida y de actividad. El Señor nos dice lo que hay que hacer; nos pide que seamos sus colaboradores. El nos hace comprender que al trabajar en su servicio estamos obligados a olvidarnos de nosotros mismos.

Es precisamente de esta manera como llegaremos a vencer nuestro egoísmo, al ocuparnos de los demás, procurando socorrerlos, rodearlos de bondad y de benevolencia. En efecto, al orar y pagar por ellos, nos desembarazamos completamente de nosotros mismos. De esta manera el Señor puede hacer en nosotros su obra maravillosa.

El Señor desea que propaguemos la buena nueva del Reino a nuestro alrededor. Sobre él vino primero el espíritu de Dios. Por eso pudo decir: "El espíritu del Señor, el Eterno, está sobre mí, para dar buenas nuevas a los pobres; para decirles a los quebrantados de corazón; Tened ánimo, para traer un aceite de gozo en lugar de un vestido de duelo." Fue así la bendición en toda la línea que desprendió de sí en su ministerio.

Es para aprender a cumplir conforme a nuestro ministerio que estamos en la escuela de Cristo. En ella podemos corregirnos de todos nuestros defectos, dejándonos conducir dócilmente, como niños, por nuestro maravilloso Educador.

El vigila nuestra educación con un cuidado muy grande, y somos de gran precio a su corazón. Si una prueba no es buena para nosotros, el Señor no permite que nos alcance; si es útil, no la aleja, pero está siempre dispuesto a ayudarnos a vencerla!

Las pruebas que nos acontecen son muy diferentes a veces. Para unos es una cosa, para otros es otra cosa. Es siempre según nuestros rasgos de carácter y nuestra mentalidad, y según lo que hay que corregir en nosotros.

Para unos es una prueba en la salud, para otros es una prueba pecuniaria, o también dificultades con padres y amigos, seres queridos que amamos. Todo depende de nuestras tendencias y disposiciones.

El adversario trata siempre de calar por donde solemos estar cogidos y aprovecha las ocasiones. Para salir victoriosos de la prueba, basta con entregarnos enteramente en manos del Eterno, diciéndole: "Como tú quieras, donde tú quieras y cuando tú quieras."

Entonces el adversario no puede enredarnos. El no puede crearnos preocupaciones ni angustias, puesto que confiamos todo al Señor. El sabe mucho mejor que nosotros mismos lo que nos es provechoso.

El Señor sabe muy bien lo que nos conviene. En todas las direcciones y en todos los sentidos, él conoce siempre el fin antes del principio. Si le dejamos conducir, él tiene todas las facilidades para dirigir todo para nuestro bien. No tiene necesidad de nadie para guardarnos y protegernos, y está deseoso de hacernos.

Pero quiere también que pasemos por experiencias propias para desarrollar y afirmar nuestra fe. Para llevar su obra, necesita personas que tengan la fe y que estén seguras. Ahora bien, la seguridad nos viene sólo con la práctica de los caminos divinos y las experiencias en la escuela de Cristo.

Podemos también obtener maravillosos confortamientos de los ejemplos que nos dan los hijos de Dios fieles que nos han precedido en la carrera. El apóstol Pablo, por ejemplo, nos sirve aún actualmente de precioso estímulo, aunque no esté con nosotros en persona. Sus

escritos y su vida de consagrado nos procuran un glorioso sustento espiritual.

El apóstol Juan también nos es una inmensa bendición. El nos entusiasma en sumo grado con todo lo que pudo dispensar de parte del Señor. Naturalmente, si no procuramos vivir lo que nos han dejado los discípulos fieles como instrucciones, todo esto no nos sirve de nada.

Démonos bien cuenta de que el adversario también lee la Biblia, y la conoce mucho mejor que nosotros. Lo he podido comprender claramente con el relato de la tentación del Señor en el desierto. Como lo sabemos, el adversario citó pasajes de la Biblia muy apropiados a la presión que quería ejercer sobre nuestro querido Salvador.

El Señor no quiso saber nada. El siguió aguantando el hambre, después de haber ayunado ya durante cuarenta días. Por lo tanto, el Señor venció en la prueba, dando un magnífico testimonio de su fidelidad al Eterno. Pero en consecuencia recibió una grandiosa manifestación de aprobación de parte de su Padre.

El Eterno envió a sus ángeles para servir a su Hijo muy amado; pues no cabe duda de que el Eterno no quería descuidarlo. Tampoco lo hace jamás con nosotros. Vemos así que a nuestro querido Salvador no le fueron evitadas las dificultades, y se dice de él que por lo que padeció aprendió la obediencia.

Ahora tenemos delante de nosotros el trabajo que el Señor nos confía. Consiste en estar estrechamente asociados a él para la introducción de su Reino en la tierra. Para esto conviene que estemos bien unidos, y que vivamos en la armonía de la familia divina por medio del amor divino.

Es preciso que cubramos los defectos de nuestros hermanos y hermanas, reparemos las brechas cuando las veamos, y combatamos con convicción y energía por la verdad. Es sólo, así como podremos ser verdaderos amigos de nuestros hermanos y hermanas, porque verán nuestra decisión, nuestra sinceridad y una verdadera actividad por la Casa del Eterno.

Queremos, pues, hacer lo necesario mientras queda tiempo, y presentarnos al Señor como colaboradores deseosos de llenar las condiciones del programa divino, con la ayuda y el socorro de su gracia.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Cómo hemos aprendido las lecciones del día, de fe, de fidelidad, de honradez, de valor y de amor desinteresado?
2. ¿Hemos podido vencer la agitación, las resistencias, el descontento, los deseos personales, y dar la nota del Reino?
3. ¿Ha prevalecido siempre en nuestro corazón el altruismo, y hemos vencido el mal con el bien, procurado alegría y consuelo?
4. ¿Hemos renunciado con gozo, perdonado, sido más desinteresado, atendido a las lecciones de amor, de bondad, de humildad?
5. ¿Qué éxitos tenemos sobre la suspicacia, el egoísmo, los intereses personales, y qué progresos hacemos en la gratitud?
6. ¿Hemos cultivado pensamientos constructivos del Reino, vencido la ansiedad, sido un ejemplo de sencillez y de rectitud?